

al arma, al arma; los enemigos, los enemigos.

P. D. Aunque la distribucion de los alojamientos sea incontestablemente derecho que me compete, vengo en desistirme de él en el presente caso; pero quiero si que mi padre sea alojado en el aposento de milord Eduardo, à causa de los mapas de geografia, y que se acabe de colgar todo el cuarto desde el suelo hasta el techo.

CARTA VI.

DE LA SEÑORA DE WOLMAR A SAN PREUX.

¡QUE delicioso afecto siento en mi al empezar esta carta! Por la vez primera de mi vida puedo escribir à V. sin temor ni vergüenza, y me honro con la amistad que nos estrecha como con una conversion que no tiene ejemplo. Las vehementes pasiones se sofocan, y rara vez se apuran. Olvidar lo que se quiso cuando lo exige el honor es esfuerzo de una alma honrada y comun; pero despues de haber sido lo que fuimos ser lo que hoy somos, este es el verdadero triunfo de la virtud. La causa que hace dejar de amar puede ser vicio; la que transforma un tierno amor en amistad no menos viva no puede ser equívoca.

Vea V. en vez de eso cual es nuestra actual situacion. Efectivamente, ¿hay otra mas agradable en el mundo? y no disfrutamos mil veces al dia la paga de las batallas que nos ha costado? Verse, amarse, conocerlo, darse el parabien de ello, pasar los dias juntos en la intimidad fraternal y la paz de la inocencia, ocuparse, pensar sin remordimiento uno en otro; hablar de nuestro cariño sin avergonzarnos, y honrarlos à nuestros propios ojos con la inclinacion que por tanto tiempo nos echamos en cara: este es el punto en que nos hallamos. Oh amigo! que carrera de honor hemos corrido ya! Atrevamonos à ufannarnos para sabernos mantener en ella, y concluir la como la hemos empezado.

¿A quien debemos tan rara dicha? V. lo sabe, y he visto su sensible corazón

llo de los beneficios del mejor de los hombres complacerse en embeberse en ellos. ¿Y como pudieran ser gravosas à V. ni à mí? No nos ponen nuevas obligaciones; ni resulta de ellos otra cosa que hacer que amemos mas las que eran ya para nosotras tan sagradas. El unico medio de agradecer su esmero es hacernos dignos de él, y toda su paga está en su logro. Atengamonos à esto en la efusion de nuestro zelo; paguemos con nuestras virtudes las de nuestro bienhechor, que es todo cuanto le debemos. Bastante por nosotros y por él ha hecho, testimonio que no será perdido para ninguno de los tres.

Estas reflexiones hacia conmigo propia cuando destinaba à V. mi marido la educacion de sus hijos. Cuando me dió aviso milord Eduardo de su inmediato regreso con V. me ocurrieron estas mismas con otras varias que importa comunicar à V. mientras que es tiempo de hacerlo.

No se trata en lo que à decir voy de mí, sino de V.; y me creo con mas derecho para dar consejos, desde que son enteramente desinteresados, y que no llevando à la mira en ellos mi seguridad, solo con V. tienen conexión. Mi lierna amistad no le es sospechosa, y tengo sobradas luces adquiridas para que sea atendido mi dictamen.

Permitame V. que le presente una pintura del estado en que se va à encontrar, para que à sus solas contemple si no hay en él cosa que deba asustarle. Buen mancebo, si ama V. la virtud, escuche con castos oídos los consejos de su amiga. Temblando entabla esta una cuestion que quisiera omitir; pero como pudiera sin cometer con V. alevosia? será tiempo de ver los objetos que debe temer cuando le hayan descarriado? No, amigo mio; yo soy la unica persona del mundo que tenga la suficiente estrechez con V. para presentarselos. ¿No tengo derecho para hablar con V. cuando sea necesario, como una hermana ó una madre? ¿Ah si fueran capaces las lecciones de un corazón honrado de amancejlar el suyo, mucho tiempo hace que no teudria yo motivo de darselas!

Dice V. que está concluida su carrera; pero convenga en que lo está antes de que se haya acabado su mocedad. El amor está muerto, y sobreviven à él los sentidos, cuyo delirio eso mas es de temer, que no existiendo ya el unico afecto que los enfrenaba, todo es motivo de caida para quien à nada está asido. Quiere ser continente y casto un hombre ardiente y sensible, mozo y soltero, sabe, ve, y mil veces lo ha dicho que la fuerza del alma de donde todas las virtudes nacen está conexa con la pureza que todas las mantiene. Si en su primera mocedad le preservó el amor de las malas costumbres, quiere en todos tiempos le preserve la razon; conoce un premio de las obligaciones penosas que de su vigor consuela; y si le cuesta pelear al que quiere vencerse, ¿hará menos hoy por él Dios que adora que en otro tiempo hizo por la dama à quien servia? Estas me parece que son las maximas de la moral de V. y tambien las reglas de su conducta, porque siempre ha despreciado à los que satisfechos con las apariencias hablan de otro modo que obran, y echan en hombres ajenos pesadas cargas, mientras que no quieren llevar ellos peso ninguno.

¿Que genero de vida ha escogido este sabio para seguir las leyes que se ha prescrito? todavia menos filosofo que virtuoso y cristiano, sin duda no se ha dejado guiar por su soberbia. Sabe que mas está en manos del hombre evitar las tentaciones que vencerlas, y que no se trata de refrenar las pasiones irritadas, sino de estorbar que nazcan. ¿Hurta el cuerpo à las ocasiones peligrosas? huye de los objetos capaces de moverle? fia de una humilde desconfianza de sí propio el seguro de su virtud? Por el contrario no vacila en presentarse à las mas temerarias lides. De edad de treinta años se va à meter en una soledad con mugeres de su tiempo, à una de las cuales quiso tanto que no puede borrar su peligrosa memoria; la otra vive con él en estrecha intimidad; y con la tercera tiene grangeados los derechos que dan en los agradecidos pechos los beneficios. Se va à esponer à cuanto puede en él

escitar mal apagadas pasiones, se va à prender en las redes que mas temer debiera. En su situacion no hay relacion ninguna que no debiese hacer que desconfiara de sus fuerzas, ni una que no le envileciese para siempre si tuviese un momento de flaqueza. Pues donde está esa invencible fortaleza de animo en que así à confiarse se atreve? Que ha hecho esta hasta aqui que le responde del tiempo venidero? Le sacó en Paris de casa del coronel? le dió el verano pasado la escena de Meillerie? le libró este invierno de los embelesos de otro objeto y esta primavera de los sustos de un sueño? Le ha venido con su auxilio à lo menos una vez para que espere vencerse sin cesar? Sabe, cuando lo requiere su obligacion combatir las pasiones de su amigo; pero las suyas!.. Ay, por la mas hermosa mitad de su vida, con cuanta modestia debe pensar de la otra!

Un estado violento se aguanta cuando no es perpetuo. Seis meses, un año, no son nada; se ve el termino y se cobra aliento. Pero cuando ha de durar siempre este estado ¿quien le puede sufrir? quien sabe triunfar de sí propio hasta la muerte? ¿O amigo mio, si es la vida corta para el deleite, que larga es para la virtud! Es menester estar sin cesar en centinela. Se va el instante de gozar y nunca vuelve; el de obrar mal se va y vuelve sin cesar; se olvida uno un instante, y se ha perdido. ¿Es posible vivir en este tremendo estado dias serenos? y no ofrecen los mismos que del riesgo se han librado una razon para no esponer à él los otros?

¿Que de ocasiones pueden renacer tan peligrosas como las que V. ha evitado, y lo que es peor no menos inopinadas! ¿Cree V. que solo en Meillerie se hallan monumentos temibles? En todas partes donde estamos los hay, porque los llevamos con nosotros. Muy bien sabe V. que una alma tierna interesa en su pasion al universo entero, y que aun despues de sana todos los objetos de la naturaleza le recuerdan todavia lo que al verlos sintió. Creo sin embargo, si me atrevo à creerlo, que no volverán

ya semejantes peligros, y me responde mi corazón del de V. ¿Pero por ser incapaz de una villanía lo es ese fácil corazón de una flaqueza? y soy yo aquí la única que tendrá que vencerse para respetarla? Piense V. San Preux, que todo cuanto yo quiero debe estar rodeado del mismo respeto que me debe à mí, piense que tendrá sin cesar que aguantar con inocencia los inocentes juegos de una muger adorable; piense en el eterno desprecio que si se atreviese à olvidarse V. un instante, y profanar lo que por tantos motivos debe honrar, merecería su corazón.

Quiero que contengan à V. la fe, la obligación, la antigua amistad, que el obstaculo que opone la virtud le quite una vana esperanza, y que à lo menos por razón ahogue inútiles deseos: ¿estará V. por eso inmune del imperio de los sentidos y los lazos de la imaginación? Precisadas à respetarnos ambas y à olvidar en nosotras nuestro sexo, le verá V. en las que nos sirven, y creará bajando esas estar justificado: ¿pero será efectivamente menos culpado? y muda la diferencia de clases la naturaleza de las culpas? Por el contrario eso mas se envilecerá que los medios de conseguir serán menos honrados. Que medios! Que V. l... Ah! perezca el hombre indigno que trafica con un corazón, y hace mercenario el amor! él es quien cubre la tierra de los delitos que hace cometer la disolución. ¿Como no sería siempre venal la que una vez se deja comprar? Y en el oprobio en que cae en breve ¿cual es autor de su miseria, el grosero que la maltrata en una manebria, ó el que à este torpe sitio la conduce pagando el primero sus favores?

¿Me atreveré à añadir una consideración que moverá à V., si no me engaño? Ha visto V. cuales han sido mis conatos para establecer aquí la regularidad y las

buenas costumbres, reinan la modestia y la paz, y todo respira inocencia y felicidad. Amigo mio, piense V. en sí, en mí, en lo que fuimos, en lo que somos, y en lo que debemos ser. He de decir un día, llorando mis afanes malogrados: de él proviene el desorden de mi casa?

Digámoslo todo si es necesario, y sacrifiquemos la misma modestia al verdadero amor de la virtud. No fué formado el hombre para el celibato, y es muy difícil que estado tan contrario à la naturaleza no acarree con él algun desorden publico ó secreto. ¿Que medio hay para evitar siempre al enemigo que lleva uno consigo sin cesar? Vea V. en otros países à esos temerarios que hacen voto de no ser hombres. En castigo de haber tentado à Dios los abandona Dios; se dicen santos y son deshonestos; su continencia fingida es torpeza; y por haber desafiado la humanidad se abajan à un grado inferior à ella. Yo comprendo que poco cuesta el ser mal contentadizo acerca de leyes que solo en la apariencia se observan (1); pero aquel que de veras quiere ser virtuoso, bastante cargado con sus obligaciones de hombre se reconoce, sin sujetarse à otras nuevas. Esta es, querido San Preux, la verdadera humildad cristiana: encontrar siempre sus obligaciones superiores à sus fuerzas, lejos de tener aun la altivez de aumentar aquellas. Aplíquese V. esta regla, y conocerá que un estado que ya debería inquietar à otro, debe atemorizarle à V. por mil razones. Cuanto menos V. teme, mas tiene por que temer; y si no le ponen miedo sus obligaciones no espere nunca cumplir con ellas.

Tales son los riesgos que aguardan à V. aquí; pienselo mientras que es todavía tiempo. Sé que nunca se espondrá V. de proposito à obrar mal, y el unico que de V. recelo es el que no haya previsto. Así no le digo que se resuelva

(1) En algunos no es merito la continencia, en otros es virtud, y no dudo que se hallen muchos sacerdotes catolicos en este caso ultimo; pero obligar al celibato à un cuerpo tan numeroso como el clero de la iglesia romana, no tanto es prohibirle que tenga mugeres cuanto mandarle que con las agenas se solace. Estrano que en todo pais donde se aprecian aun las buenas costumbres, toleen las leyes y los magistrados tan escandaloso voto.

por mis razones, sino que las evalúe todas. Deme V. una respuesta que le satisfaga, y quedaré yo contenta; fíese de sí propio, y me fio yo; dígame, soy un angel, y le recibí con los brazos abiertos.

¡Que, siempre penas y privaciones! siempre obligaciones penosas de cumplir! siempre huir de las personas que mas queremos! No, amable amigo mio: ¡feliz aquel que desde esta vida puede remunerar la virtud! Yo sé un premio de ella digno de quien ha sabido lidiar y padecer en su demanda. Si no presumo en demasia de mi propia, el premio que me atrevo à destinar à V. satisfará todo cuanto debe mi corazón al suyo, y granjeará mas que lo que hubiera alcanzado, si hubiera bendecido el cielo nuestras primeras inclinaciones. No pudiendo convertirse V. en angel, quiero darle uno que guarde su alma, que la apure, que la vivifique, y bajo cuyos auspicios, pueda vivir con nosotros en la paz de la celestial morada. Sin mucha dificultad adivinará V., según creo, de quien hablo, que es del objeto que de antemano se halla albergado en el corazón, que si salen bien mis designios, debe llenar un día.

Veo todas las dificultades de este proyecto, sin que me arredren, porque es honrado. Conozco todo el imperio que en mi amiga tengo, y no temo abusar de él usando en favor de V.; pero ya sabe V. sus determinaciones, y antes de hacerlas vacilar debo estar cierta del animo que V. tiene, para que cuando la exhorte à que permita que aspire à ella, pueda responder de V. y sus afectos; porque la desigualdad que entre los dos ha puesto la suerte le priva del derecho de proponerse à sí propio, y todavía menos permite que se le otorgue este derecho, sin saber que uso podrá hacer de él.

Conozco lo delicado que es V., y sé que si tiene reparos que oponerme, mas que por V. serán por ella. Deje esos vanos escrúpulos. Tendrá V. mas cuenta que yo con el honor de mi amiga? No; por mucho que à V. le pueda yo querer, no tema que prefiera nunca su interes à la gloria de ella. Pero cuanto mas aprecio la estimación de las personas de juicio,

menos caso hago de los temerarios fantasmas de la muchedumbre que se deja deslumbrar de un falso esplendor, y nada ve de cuanto es honrado. Aunque fuera cien veces mayor la distancia, no hay elevación à que no tengan derecho de aspirar el talento y las buenas costumbres; y por que motivo se atrevera una muger à desdénar por esposo al que se honra de tener por amigo? V. sabe cuales son en esta materia los principios de ambas. La falsa vergüenza y el temor del que dirán mas acciones malas que buenas inspiran, y la virtud solo de lo que es malo sabe avergonzarse.

Por lo que à V. hace, la altivez que à veces me ha manifestado no podría nunca ser mas intempestiva que en este lance, y fuera ingrata temer de ella un beneficio mas. Y luego por muy peliloso que V. sea, confese que es mas grato y bien parecido deber su caudal à su esposa que à su amigo, porque el beneficiado es protector de la una y cliente del otro; y por mas que digan nunca un hombre de bien tendrá amigo mejor que su muger.

Y si en lo interior del alma de V. quedara alguna repugnancia para contraer nuevos empeños, nunca puede darse sobrada prisa à destruirla por su honor y mi sosiego; porque nunca estaré satisfecha con V. y conmigo hasta que sea V. efectivamente lo que debe ser y ame las obligaciones que debe desempeñar. ¡Ay, amigo mio! menos debería yo tener esta repugnancia, que sobrado anhelo relativo à sus antiguas pasiones. ¡Que no hago por desquitarme con V.! Mas cumpla de lo que habia prometido. ¿No es tambien Julia la que à V. doy? no poseerá V. la mejor parte de mi propia, y será mas querido de la otra? ¡Con que embeleso me abandonaré entonces sin sobresalto à todo mi cariño à V.! Si, cumplale V. la fe que me habia jurado, satisfaga con ella su corazón todos los empeños que conmigo contrato; paguele, si es posible, todo cuanto debe al mio. ¡O San Preux! esta antigua deuda se la traspaso: acuerdese V. de que no es ligera de pagar.

Este es, amigo, el medio que para

reunirnos sin riesgo imagino, dando à V. en nuestra familia el mismo lugar que en nuestros corazones ocupa. En el sagrado y caro vinculo que à todos nos unirá no seremos mas que hermanos y hermanas; no será V. su propio enemigo ni el nuestro; legitimados los mas suaves afectos no serán peligrosos, y cuando ya no sea menester sofocarlos no habrá que temerlos. Lejos de resistirnos à tan encantadores afectos, serán de consuno nuestras obligaciones y nuestros contentos; nos amaremos todos entonces mas cordialmente, y disfrutaremos intimamente reunidos los embellos de la amistad, el amor y la inocencia. Y si en el cargo que V. se toma, remunerará el cielo con la dicha de ser padre el esmero que à nuestros hijos consagra, conocerá entonces por sí propio el valor de lo que por nosotros hiciere. Colmado de los verdaderos bienes de la humanidad, aprenderá à llevar con gusto la suave carga de una vida útil à sus proximos, y tocará en fin lo que nunca ha podido la ciencia vana de los malos, que hay una felicidad destinada desde este mundo à los verdaderos amigos de la virtud.

Reflexione V. muy despacio acerca del partido que le propongo, no para saber si le conviene, que acerca de eso no necesito su respuesta, sino para saber si conviene à la Señora de Orbe, y si puede V. hacerla feliz, como ella debe hacerle. V. sabe como ha desempeñado mi prima sus obligaciones en todos los estados de su sexo, por lo que es colija V. lo que tiene derecho à exigir. Ama como Julia, y debe ser amado como ella. Si conoce V. que puede merecerla, espíquese, que mi amistad probará lo demas, y todo se lo promete de la de ella; pero si he esperado en demasia de V., à lo menos es hombre de bien, y conoce su delicadeza; no querría V. una felicidad que costase à ella la suya, ó sea el corazón de V. digno de ella; ó no se le ofrezca nunca.

Consúltese V. bien, lo repito, y pese bien la respuesta antes de darla. Cuando de la suerte de toda la vida se trata, no permite la prudencia que se resuel-

va uno con ligereza; pero es un delito toda ligera deliberacion cuando del destino del alma y la eleccion de la virtud se trata. Fortalezca V. la suya, mi buen amigo, con todos los auxilios de la sabiduria. ¿Me estorbaria una mala vergüenza acordandole el mas necesario? V. tiene religion, pero me recelo que no se aprovecha de ella todo cuanto para la conducta de la vida es menester, y que la altivez filosofica se desdenea de la sencillez cristiana. Acerca de la oracion he visto en V. maximas que no son de mi aprobacion. Segun V. este acto de humildad no nos trae fruto ninguno, y habiendonos dado Dios en la conciencia todo cuanto al bien puede conducirnos, nos abandona luego à nosotros mismos, y deja obrar nuestra libertad. Bien sabe V. que no es esa la doctrina de San Pablo, ni la que en nuestra iglesia profesamos. Somos libres, es cierto; pero somos ignorantes, flojos, propensos al mal. ¿Y de donde nos vendrian la luz y la fuerza, sino de aquel que es su fuente? y porque las alcanzaríamos si no nos dignásemos de pedir las? Cuidado, amigo mio, con que no mezcle la soberbia humana con las sublimes ideas que del gran Ser V. se forma, ideas mezquinas que se rehieren al hombre, como si convinieran al poder divino los medios que nuestra flaqueza alivian, y como si, cual nosotros necesitare V. de arte para generalizar las cosas con el fin de tratarlas con mas facilidad. Por las ideas de V. parece que sea enredo para Dios vigilar sobre cada individuo; teme V. que una continua y multiplicada atencion le fatigue, y halla mas noble que lo haga todo por leyes generales, sin duda porque le cuestan menos afan. ¡Oh grandes filosofos, cuan agradecido debe Dios estaros porque así le disminuís el trabajo, enseñándole metodos comodis!

¿Para qué sirve pedirle nada? añade V. no conoce todas nuestras necesidades? no es nuestro padre para remediarlas? sabemos mejor que el lo que necesitamos? y queremos nuestra felicidad mas de veras que el mismo la quiere? Querido San Preux; que de vanos

sosismas! La mayor de nuestras necesidades, la única que nosotros podemos remediar, es la de sentir nuestras necesidades, y el primer paso para salir de nuestra miseria es conocerla. Seamos humildes si queremos ser sabios; veamos nuestra flaqueza, y seremos fuertes.

Así concuerda la justicia con la clemencia; así reinan en uno la gracia y la libertad. Esclavos por nuestra flaqueza, somos libres por la oracion; porque de nosotros pende pedir y alcanzar la fuerza que no pende de nosotros tener por nosotros mismos.

Así aprenda V. à no tomar consejo de sí solo en los lances dificultosos, sino de aquel que con la prudencia une el poder, y sabe convertir el partido que nos hace preferir en el partido mejor. El defecto capital de la humana sabiduria, aun de aquella que se propone por objeto la virtud es un exceso de confianza que nos enseña à juzgar por lo presente de lo venidero, y por un momento de la vida entera. Se siente uno firme un instante y cree no ser nunca derrocado. Llenos de soberbia, que cada día confunde la esperiencia, creemos no tener que temer nunca un lazo que una vez hemos evitado. El estilo modesto de la valentia es: «fui guapo tal día»; pero el que dice «soy guapo» no sabe lo que será mañana, y reputando por suyo un valor que no le ha venido de sí propio, merece perderle cuando tenga que recurrir à él.

¿Qué ridiculos deben de ser nuestros proyectos, que desatinados nuestros raciocinios ante el Ser para quien no tienen suceso los tiempos, ni distancia los espacios! Nosotros en nada apreciamos lo que se halla distante de nosotros, no vemos mas que lo que nos está tocando; cuando mudemos de lugar serán nuestros juicios diametralmente contrarios, y no mas acertados. Regulamos lo futuro por lo que hoy nos conviene, sin saber si nos convendrá mañana; juzgamos de nosotros como si fuéramos siemprevivos los mismos, y cada día mudamos.

¿Quien sabe si amaremos lo que amamos, si querrémos lo que querrémos, si serémos lo que somos, si no habrán los objetos estratos y las alteraciones de nuestro enserio modificado de diverso modo à nuestro animo, y si no hallarémos nuestra desventura en lo que para nuestra felicidad hayamos dispuesto? Enseñeme V. la regla de la sabiduria humana, y la tomaré por mi guía. Pero si es su mejor leccion enseñarnos à desconfiar de ella, recurramos à la que no engaña, y hagamos lo que nos inspira. Yo la ruego que alumbre sus resoluciones. Cualquiera que sea la determinacion que V. tome, bien sé que nunca querrá sino lo que bueno y honrado fuere; pero no basta esto, es menester querer lo que ha de serlo siempre, y ni V. ni yo lo sabemos.

CARTA VII.

DE SAN PREUX A LA SEÑORA DE WOLMAR.

JULIA, una carta de V. ... despues de siete años de silencio!... Sí, ella es, lo veo, lo reconozco; ¿ni como han de desconocer mis ojos lineamientos grabados en mi corazón? que, se acuerda V. de mi nombre! todavia sabe escribirle!... Al formar este nombre (1) no ha temblado su mano?... Desvario, y es culpa de V. La formó, el doblez, el sello, el sobre; todo me acuerda en esta carta otras muy diferentes. Parece que se contradicen el corazón y la mano. Ah, ¿debía V. usar la misma letra para pintar afectos tan diversos?

Acaso hallará V. que tanto pensar en sus antiguas cartas es justificar sobrado la postrera: se equivoca. Yo me calo bien, y, ó no soy el mismo, ó no es V. la misma; y lo que me lo prueba es que excepto su bondad y sus embellos, todo cuanto en V. halló de lo que otras veces hallaba es para mi un nuevo motivo de extrañeza. De antemano satisface esta observacion todos sus temores. Yo no me fio de mis fuerzas, pero sí del afe-

(1) Hemos dicho que San Preux no era su verdadero nombre. Acaso se hallaba este en el sobrescrito.

to que de recurrir à ellas me dispensa. Lleno de cuanto debo honrar en la que he dejado de idolatrar, sé hasta que respeto se deben elevar mis antiguos homenajes. Es cierto que penetrado de la gratitud mas tierna la amo à V. tanto quanto la amé; pero lo que mas con V. me enlaza es la vuelta de mi razon, que me muestra à Julia como ella es, y la sirve mejor que el mismo amor hiciera. No, si fuera aun culpado, no la quisiera à V. tanto.

Desde que ha cesado mi ilusion, y me ha explicado el sagaz Wolmar mis verdaderos afectos, he aprendido à conocerme mejor, y à asustarme menos de mi flaqueza. Engañe esta en buen hora mi imaginacion, y seame todavia grato este error; para mi sosiego basta con que no pueda ofender à V., y la quimera que en pos de ella me estravia me libra de un peligro real.

O Julia! impresiones hay eternas que ni el tiempo ni diligencia ninguna borran. Sana la herida, pero queda la cicatriz, y esta es un sello respetado que preserva el corazon de otra llaga. La inconstancia y el amor son cosas incompatibles; el amante que se muda no se muda, que acaba de amar ó empieza. Yo he acabado, pero dejando de ser de V., he quedado bajo su guarda: no la temo, pero me quita V. que tema à otra. No, Julia, no, muger respetable: nunca verá V. en mí mas que el amigo de su persona y el amante de sus virtudes, pero nuestros amores, nuestros primeros y únicos amores, jamas saldrán de mi corazon, ni se marchitará en mi memoria la flor de mis años. Aunque hubiese yo de vivir siglos enteros, ni puede renacer para mí, ni borrarse de mi idea el tiempo suave de mi juventud. En balde hemos dejado de ser los mismos, no me puedo olvidar de lo que hemos sido. Pero hablemos de su prima de V.

Querida amiga, es menester que lo confiese, desde que no me atrevo à contemplar los embelesos de V. soy mas sensible à los suyos. ¿Que ojos pueden vagar siempre de beldad en beldad sin nunca fijarse en ninguna? Los míos la han

vuelto à ver acaso con sobrada complacencia, y desde que estoy ausente su semblante ya grabado en mi corazon hace en él una impresion mas honda. Está cerrado el sagrario, pero está en el templo su imagen. Poco à poco vengo à ser respecto de ella lo que hubiera sido, si nunca la hubiera à V. visto, y à V. pertenecia sola hacerme conocer la diferencia entre lo que me inspira y el amor. Libres los sentidos de esta pasion terrible se unen con el suave afecto de la amistad. ¿Mas se convierte por eso esta en amor? ¡Ah, Julia, que diferencia! ¿donde está el entusiasmo? donde la idolatria? donde aquellos divinos estravios de la razon, mas brillantes, mas sublimes, mas energicos, mejores mil veces que la razon misma? Me abraza un efimero fuego; me embarga, me turba un delirio de un instante, y me deja. Entre ella y yo encuentro dos amigos que tiernamente se aman, y se lo dicen. ¿Pero se aman acaso dos amantes uno à otro? No; *tú y yo* son voces proscritas en su idioma, que no son dos, son uno solo.

¿Con que estoy efectivamente en calma? como puedo estarlo? Es adorable, es amiga de V. y mía, la gratitud me estrecha con ella y tiene parte en mis mas dulces memorias. ¿Que de derechos en una alma sensible? ni como ha de apartarse un afecto mas tierno de afectos tan merecidos? Ay! destino es mio no vivir entre V. y ella un instante sereno.

¡Mugeres, mugeres! fatales y adorados objetos, que para suplicio nuestro ornó naturaleza, que castigais al que os arrastra, que perseguís al que os teme, cuyo odio y amor son por igual funestos, y que no es posible impunemente buscar ni huir!... ¡Belleza, embeleso, atractivo, simpatía, ser ó quimera inexplicable, abismo de tormentos y deleites! Belleza, mas terrible para los mortales que el elemento que te suponen nacida; desventurado quien de tu halagüeña calma es seducido! tú levantas las tempestades que al linaje humano atormentau. ¡O Julia, ó Clara, que cara me vendéis esa cruel amistad de que os atreveis à preciaros!... En tempestades he vivido, y siempre con otras las habeis escitado. ¡Pero cuán

diversas agitaciones habeis hecho padecer à mi corazon! No son mas parecidas las del lago de Ginebra à las oleadas del vasto Oceano. El uno solo vivas y cortas ondatiene, cuyo perpetuo filo agita, conmueve, anega à veces, sin formar nunca un largo curso. Pero en el mar, sosegado en la apariencia, se siente uno levantado, llevado blandamente y à mucha distancia por mas lenta y casi insensible ola; cree que no se ha meneado del sitio, y llega al cabo del mundo.

Esta es la diferencia que en mí han producido los atractivos de V. y los suyos. Aquel primero, aquel amor unico que decidí de la suerte de mi vida, y que nada mas que el mismo ha podido vencer, habia nacido sin que yo lo hubiera conocido; ya me arrastraba y aun no lo sabia, y me perdí sin creer que me habia descañado. Mientras duró el viento estaba en el cielo ó en los abismos, viene la calma; y no sé donde estoy. Por el contrario veo, reconozco mi turbacion junto à ella, y me la figuró mayor de lo que ella es, experimento transitorios y no seguidos rebatos; me enageno un momento, y vuelvo en mí el siguiente; en vano agitan el bajel las ondas, que no hinché el viento las velas; satisfecho mi corazon con sus embelesos no les presta su ilusion; menos hermosa me la imagino que la veo, y mas de cerca que de lejos la temo, que es casi el contrario efecto de lo que con V. me sucede, y en Clareas experimentaba constantemente uno y otro.

Es verdad que desde que estoy ausente se me representa algunas veces con mayor imperio, pero por desgracia no me es facil verla sola. Al fin la veo y eso basta, no me ha dejado amor sino inquietud.

Este es puntualmente mi estado respecto à una y otra. Todo lo demas del sexo nada es para mí; mis porfiados tormentos me le han hecho olvidar.

Pasó mi vida en medio de mis años.

La desventura ha sustituido las fuerzas para vencer la naturaleza y triunfar de las tentaciones. Pocos deseos tiene quien padece, y V. me ha enseñado à apagar los míos resistiendo à ellos. Una vehemente

mente pasion desdichada es un medio eficaz de continencia. Mi corazon se ha convertido, por decirlo asi, en organo de todas mis necesidades, y no tengo ningunas cuando esta sereno. Dejenle Vds. una y otra en paz, y lo estará de hoy mas para siempre.

¿Que tengo que temer de mí propio en este estado, y que precaucion cruel quiere tomar V. de privarme de mi felicidad por no esponerme à perderla? ¿Que antojo haberme hecho pelear y vencer para privarme luego del prez de la victoria! ¿No es V. quien hace digno de vituperio un peligro arrostrado sin motivo? porque me ha llamado à su lado con tanto riesgo? ó porque me destierra cuando soy digno de vivir junto à V.? Debia V. permitir que tantos afanes se tomara su marido inutilmente? Porque no le hacia que abandonara una tarea que estaba resuelta à que fuera superflua? porque no le decia V.: dejale al cabo del mundo, puesto que estoy determinada à enviarte yo? Ay, cuanto mas por mí teme V., mas prieta debe darse à llamarme. No, no está junto à V. el peligro, que está en su ausencia; y solo la temo donde no se halla. Cuando esta temible Julia me persigue me refugio bajo el amparo de la señora de Wolmar, y quedo sereno; ¿donde huiré si de este asilo me privan? Todos los tiempos, todos los lugares son para mí peligrosos lejos de ella; en todas partes hallo à Clara, ó à Julia. En lo pasado, en lo presente, alternativamente una y otra me agitan; así turbada mi imaginacion solo viendola à V. se calma, y cerca de V. es donde de mí propio estoy seguro. ¿Como esplicaré el trastorno que siento cuando à V. me acercó? Siempre ejerce V. el mismo imperio, pero es su efecto diametralmente opuesto: refrenando los rebatos que otro tiempo causaba, es todavia mas grande y sublime este imperio; à la agitacion de las pasiones suceden la paz y la serenidad; mi corazon siempre modelado por el de V. quiso como él, y à ejemplo suyo se torna sereno. Pero no es mas que una tregua este efimero sosiego, y en balde me enaltezo hasta V. en su presencia, que caigo de nuevo en mi baja cuando la dejo. De verdad,

Julia, creo que tengo dos almas, y que la buena la tiene V. en prenda en su mano. Ah, ¿quiere V. separarme de ella?

— Pero asustan à V. los errores de los sentidos; teme las reliquias de una mocedad consumida con los pesares; teme que seduzca à las personas mozas fadas à su guarda; teme de mí lo que no ha temido el prudente Wolmar. ¡O Dios; cuanto estos sustos me afrentan! ¿con que estima V. à su amigo en menos que al último de sus criados? Puedo perdonar à V. que piense mal de mí; pero nunca que no se tribute à sí propia la honra que se debe. No, no; la llama que me abrasó me ha purificado, y nada me queda ya de un hombre ordinario. Después de lo que fui, si pudiera ser vil un solo instante, me iría à esconder al cabo del mundo, y nunca me creeria bastante lejos de V.

— ¿Quién; yo turbar el orden amable que en tantos gustos me arrobaba! Amancillar yo la mansion de inocencia y paz que con tanto respeto habitaba! Poder yo ser tan villano!... Ah, como no moveria al mas estragado de los hombres tan encantadora imagen? Como no recobraría en este asilo el amor de la honestidad? Lejos de profanar ese albergue con sus malas costumbres, iría à enmendarse en él; Quien? ¿Yo, Julia, yo! tan tarde!... à los ojos de V. Querida amiga, abrame sin susto su casa que es para mí el templo de la virtud; en todas partes veo en ella su augusto simulacro, y solo à ella al lado de V. puedo servir. No soy un angel, es verdad; pero habitaré su morada, imitaré sus ejemplos, que huye de ellos quien no quiere semejarles.

— Ya lo ve V., me cuesta dificultad venir al punto principal de su carta, que desde el principio debia haber tratado, y el unico en que me ocuparia si me atreviese à aspirar al bien que me promete. O Julia! alma benéfica, incomparable amiga! con ofrecermé V. la digna mitad de sí propia, y el tesoro mas precioso que despues de V. en el mundo se halla, hace mas, si es posible, que cuanto hasta ahora por mí habia hecho. El amor, el ciego amor pudo forzar à V.

à que se diera, pero dar à su amiga es prueba de estimacion en que no cabe sospecha. Desde este instante creo verdaderamente ser hombre de merito, porque me honra V., pero; cuán cruel es para mí este testimonio de honor! con admitirle le desmereceria y para ser acreedor à él es preciso renunciarle V. que me conoce juzgueme. No basta que sea amada su adorable prima; debe serlo como V., bien lo sé: ¿y lo será? y puede serlo? y pende de mí tributarle en esta parte lo que se le debe? Ah, si queria V. unirme con ella, ¿porque no me dejaba un corazon que darle, un corazon al cual inspirase afectos nuevos, cuyas primicias ofrecerle pudiese? Hay uno menos digno de ella que el que amar à V. supo? Seria menester la libre y serena alma del bueno y juicioso de Orbe para ocuparse à su ejemplo en ella sola; seria menester valer tanto como él para sucederle; de otro modo la comparacion de su pasado estado le haria presente mas inaguantable, y el distraido y flaco amor del segundo esposo, en vez de consolarla de la perdida del primero se la haria sentir mas. Tocaria un tiempo y agradecido amigo en un marido ordinario. ¿Y ganaria en este trueque? No; que por ambas partes perderia. Susceptible y delicado corazon quedaria traspasado de esta perdida; ¿y como sufriria yo el continuo espectáculo de una tristeza que habria causado, y que no podria remediar? Ay! antes que à ella me mataria el dolor. No, Julia, no haré yo mi dicha à costa de la suya, y la quiero mucho para ser su esposo.

— Mi dicha! No. ¿Como habia yo de ser feliz no haciendola feliz à ella? ¿Puede en el matrimonio hacerse una felicidad esclusiva uno de los esposos? No son comunes los bienes y los males, cualquiera cosa que se haga? las pesadumbres que da el uno al otro no recaen siempre sobre el que las causa? Seria yo desdichado con sus pesares, sin ser dichoso con sus beneficios. Gracias, hermosa, merito, cariño, caudal, todo contribuiria à mi felicidad; mi corazon solo lo acabaria todo, y en el seno de la dicha me haria miserable.

— Si está mi actual estado lleo de embelosos junto à ella, lejos de que pudieran estos crecer con union mas estrecha, me privaria de los mas dulces deleites que disfruto. Su festivo genio puede dar un amable vuelo à su amistad, pero es cuando otra presencia sus halagos. Yo tambien puedo tener alguna emocion muy viva cerca de ella, pero es cuando el ver à V. de V. me distrae. V. es quien siempre entre ella y yo, en nuestras conversaciones à solas nos las hace deliciosas. Cuando mas crece nuestro afecto, mas pensamos en los lazos que le formaron, y nos amamos para hablar de V. Entonces mil memorias caras para su amiga, mas caras para su amigo, los reuñerá; estrechados con otros vinculos, será fuerza renunciar à ellas. ¿No serian estas tan deliciosas memorias otras tantas infidelidades que yo le hiciese? y con que cara haria yo à una querida y respetada esposa confidente de los agravios que à despecho mio le hiciere mi voluntad? Así no se atreveria este corazon à esplayarse en el suyo, y se contraeria al acercarse à ella. No atreviendome à hablarle de V. en breve no le hablaria de mí. Imponiendome nuevo recato con ella la obligacion y el honor, mi muger seria para mí una estraña, y no tendria consejo ni guía para alumbrar mi animo y enmendar mis errores. ¿Es ese el homenaje que debe aguardar? ese el tributo de gratitud y ternura que le iria yo à dar? y así haria mi dicha y la suya?

— ¿Se olvidó V., Julia, de mis juramentos con los suyos? pues à mí no se me han olvidado. Todo lo he perdido; mi fe sola me ha quedado, y me quedará hasta el sepulcro. No he podido vivir de V., pero moriré libre. Si no hubiera contraido este empeño, ahora le contraeria; porque si es obligacion casarse, obligacion mas indispensable todavia es no hacer la desdicha de nadie; y en otros lazos solo puedo yo sentir el eter-

no desconsuelo de no haber contraido aquellos que fui osado à pretender. A este sagrado vinculo llevaria la idea de lo que en otro tiempo esperé hallar en él; y esta idea haria mi suplicio y el de una desventurada. Le pediria yo cuenta de los dias de gloria que de V. aguardaba. ¿Que comparaciones tendria que hacer! ¿que muger en el mundo pudiera ser objeto de ellas? Ah; ¿como me consolaria al par de no ser de V. y de ser de otra?

— Amada amiga, no combata V. determinaciones de que pende la serenidad de mi vida; no procure V. sacarme del anonadamiento en que he caido, no sea que con la intima conciencia de mi existencia cobre la de mis males, y vuelva un estado violento à abrir todas mis heridas. Desde mi postrera residencia con V. he mirado con un interes mas vivo à su amiga, porque sabia que el estado de mi corazon no le dejaria adelantarse mucho, y viendo que con esta aficion nueva crecia el afecto ya tan tierno que en todos tiempos le tuve, me di el parabien de una emocion que me ayudaba à mudar el objeto de mis deseos, y me hacia contemplar con menos sentimiento la imagen de V. Esta emocion participa de los gustos de amor, y no de sus tormentos. El gusto de verla no le turba la ansia de poseerla; satisfecho con pasar toda mi vida como he pasado este invierno, hallo entre Yds. dos aquella serena y suave (1) situacion, que temple la austeridad de la virtud, y hace amables sus lecciones. Si me agita por un instante algun impetu vano, todo lo reprime y le impone silencio; y yo he vencido tantos mas peligrosos que nada me queda que temer. Tanto como à la amiga de V. amo la honro, y no es posible decir mas. Aun cuando solo en mi interes pensara, aprecio mucho los tiernos derechos de la amistad que con ella tengo, para aventurarme à perderlos procurando ensancharlos, y ni

(1) Algunas páginas mas atras ha dicho justamente lo contrario. El pobre filosofo, entre dos mugeres lindas, me parece que se halla en una graciosa indecision: diria uno que no quiere enamorarse de una ni de otra para querer à entrambas.

siquiera he necesitado pensar en el respeto que le debo para no decirle nunca una palabra à solas que tuviese ella precision de interpretar ó fingir que no la oia. Y si acaso ha hallado alguna vez sobrado cariño en mis acciones, no ha visto ciertamente en mi corazon la voluntad de manifestarsele. Tal cual he sido seis meses junto à ella, tal seré toda mi vida. Nada despues de V. conoço tan perfecto como ella, pero aun cuando fuese mas perfecta que V., todavia conoço que sería preciso no haber sido nunca su amante para poder serlo de ella.

Antes de concluir esta carta es menester que diga à V. lo que de la suya pienso. Con toda la prudencia de la virtud encuentro en ella los escrúpulos de una alma medrosa que se fragua una obligacion de asustarse, y cree que es necesario temerlo todo para preservarse de todo. Este encogimiento estremo trae consigo peligros, no menos que una excesiva confianza. Haciendonos ver sin cesar monstruos donde no los hay, nos deja exhaustos peleando con quimeras, y à poder de espantarnos sin motivo nos aduerme cuando se presentan verdaderos peligros, y no deja que los veamos bien. Repase V. alguna vez la carta que le escribió el año pasado milord Eduardo acerca de su marido, y hallará buenos consejos que le podrán servir en mas de un lance. No desapruebo yo la devocion de V., que es afectuosa, amable, y suave como V., y debe agradar hasta à su marido. Pero cuidado con que à fuerza de tornar à V. encogida, y asustada la lleve el quietismo por una vereda opuesta; y ofreciendole en todas partes riesgos, la estorbe que en cosa alguna se fije. ¿No sabe V., querida amiga, que es la virtud un estado de guerra, y que para ser virtuoso hay que estar siempre en lid consigo propio? Ocupemos menos en los riesgos que en nosotros para tener siempre el alma aparejada para cualquier suceso. Si quien

(1) San Preux mira la conciencia moral como un sentido y no un juicio; y en esto va contra las definiciones de los filosofos. Creo sin embargo que en esta parte tiene razon su pretenso colega.

busea las ocasiones merece caer en ellas, quien con sobrada advertencia las evita rehuye con frecuencia el cumplimiento de importantes obligaciones, y no conviene pensar siempre en las tentaciones, aunque para evitarlas sea. Nunca me verán ir en demanda de instantes peligrosos ni de conversaciones à solas con mugeres; pero en cualquiera situacion que me ponga de hoy mas la Providencia, tengo por fianza mia los ocho meses que en Clarens he pasado, y ya no temo que nadie me prive del prez que en ellos he merecido. No seré mas flaco que he sido, ni tendré mas fieras batallas que lidiar; he sentido la amargura de los remordimientos, y he paladeado lo sabroso de la victoria. Despues de semejantes comparaciones no queda que vacilar en la eleccion, y hasta mis pasados yerros todo me fia el tiempo venidero.

Sin querer meterme con V. en nuevas discusiones acerca del órden del universo, y la direccion de los seres que le componen, me centré à decirle que sobre cuestiones tan superiores al alcance del hombre, solo por induccion con las cosas que ve puede este juzgar de las que no ve, y que militan todas estas analogias en favor de las leyes generales que al parecer V. desecha. La razon misma, y las mas sanas ideas que del Ser supremo podemos formarnos, son muy propicias à esta opinion; porque si bien no necesita metodo su potencia para abreviar el trabajo, sin embargo es digno de su sabiduria preferir las vias mas sencillas, à fin de que nada haya inutil en los medios, como tampoco en los efectos. Cuando eró al hombre le dotó de todas las facultades necesarias para dar cima à lo que de él exigia; y cuando le pedimos la facultad de obrar bien, nada le pedimos que ya no nos haya dado. Nos dió la razon para conocer lo que es bueno, la conciencia para amarlo (1); y la libertad para ejecutarlo. En estos sublimes dones se cifra la

gracia divina, y como todos los hemos recibido, todos debemos dar cuenta de ellos.

He oido argumentar mucho contra la libertad del hombre, y desprecio todos esos sofismas, porque en balde me prueba un silogista que no soy libre, el sentido interno, mas eficaz que todos sus argumentos, los refuta sin cesar, y en cualquiera deliberacion que sea, cuando tomo la determinacion que me agrada, tengo la intima conciencia de que era libre de tomar la resolucion contraria. Todas las sutilezas escolasticas son vanas, justamente porque prueban en demasia, porque igualmente impugnan la verdad que la mentira, y porque, ya sea que exista ó no la libertad, pueden servir del mismo modo para probar que no la hay. Conforme à estas argucias el mismo Dios no sería libre, y la voz de libertad no tendria significacion ninguna. Erigen un triunfo, no porque hayan resuelto la cuestion, sino porque en su lugar han sustituido una quimera. Empezan suponiendo que todo ser inteligente es meramente pasivo; y luego de esta proposicion deducen consecuencias que prueban que no es activo: metodo muy comodo de argumentar. Si acusan à sus contrarios de que discurren del mismo modo no tienen razon. Nosotros no nos suponemos activos y libres que tenemos la conciencia de lo que somos; à ellos les toca probar no solo que pudiera engañarnos esta conciencia, sino que efectivamente nos engaña (1). El obispo de Cloine ha demostrado que sin variar nada las apariencias pudieran no existir la materia ni los cuerpos: ¿basta esto para afirmar que no existen? En todo esto la apariencia cuesta mas que la

realidad, yo me atengo à lo mas sencillo.

Asi yo creo que despues de haber remediado Dios todas las necesidades humanas, no otorga à uno mas que à otro auxilios extraordinarios de que no es digno aquel que de los auxilios comunes de todos abusa, y que no necesita aquel que hace buen uso de ellos. Es injuriosa à la justicia divina esta distincion de personas. Aun cuando se dedujera de la misma escritura doctrina tan inhumana, y que tanto desalienta, ¿no es mi obligacion primera honrar à Dios? Por mucho respeto que al texto sagrado deba, mas le debo todavia à su Autor, y mas quisiera creer falsificada ó ininteligible la Biblia, que injusto ó malefico à Dios. No quiere san Pablo que diga el vaso al alfarero: ¿porque me hiciste asi? Muy bueno es eso si solo exige este del vaso los servicios que le ha puesto en estado de hacerle; pero si se quejara de que no era à proposito para los ministerios para que no le habia formado, ¿no tendria razon el vaso en decirle: porque me hiciste asi?

¿Se sigue de esto que sea inutil la oracion? No plega à Dios que me prive yo de este remedio contra mis flaquezas. Todos los actos del entepimiento, que nos elevan à Dios, nos encumbran sobre nosotros mismos, è implorando su auxilio aprendemos à encontrarle. No es él quien nos muda, nosotros nos mudamos elevandonos hasta él (2). Todo cuanto le pedimos como conviene nos lo damos, y como ha dicho V., aumentamos nuestra fuerza, reconocido nuestra flaqueza. Pero quien de la oracion abusa, y se torna quieto, se pierde à poder de elevarse; por buscar la

(1) No se trata de todo eso, sino solo de saber si se determina la voluntad sin causa, ó cual es la causa que determina la voluntad.

(2) Nuestro galan filosofo despues que ha imitado la conducta de Abelardo parece que tambien quiere seguir su doctrina: el sentir de ambos sobre la oracion es muy parecido. Muchas personas que en esta herejia reparan, pensarán que mas valia que hubiese perseverado en su extravio que incurrir en este error. No es ese mi dictamen, porque es chico mal engañarse, y muy grave conducirse mal. Esto no contradice à mi ver lo que antes acerca del riesgo de las maximas erroneas de moral tengo dicho. Pero es menester dejar que adivine algo el lector.

gracia renuncia á la razon; y por alcanzar una davia del cielo huella á sus plantas otra; y empeñado en querer que le alumbré Dios, se priva de las luces que le ha dado. ¿Quién somos nosotros para querer forzar á Dios á que obre un milagro?

Sabe V. que no hay cosa que no tenga su exceso vituperable, hasta la devoción que se convierte en desvario; la suya es muy pura para que nunca á este punto llegue; pero el exceso que al estravio conduce empieza antes de este, y debe V. desconfiar de aquel. Muchas veces la he oído desaprobando los éxtasis de los ascéticos. ¿Sabe V. de qué proceden? de gastar en la oración mas tiempo del que permite la flaqueza humana. Entonces se agota el espíritu, se inflama la imaginación y representa visiones; se torna uno inspirado, profeta, y no hay juicio ni ingenio que del fanatismo preserve. V. se encierra con frecuencia en su gabinete, se recoge, y ora sin cesar; todavía no ve á los pietistas (1), pero ya lee sus libros. Nunca he vituperado su afición á los escritos del buen Fenelon: ¿pero que hace V. con los de su discípulo? Lee V. á Muralt, yo también le leo; pero yo escojo sus cartas, y V. su instinto divino. Vea V. cómo acabó; lastímese V. de los estravios de este prudente varón, y mire por sí propia. Muger piadosa y cristiana, ¿va V. á no ser mas que una devota?

Amada y respetable amiga, yo recibo los dictámenes de V. con la docilidad de un hijo, y le doy los míos con el celo de un padre. Desde que lejos de romper la virtud nuestros lazos los ha hecho indisolubles, se confunden las obligaciones de esta con los derechos de la amistad. A ambos nos convienen las mismas lecciones, y nos guía el mismo interés. Nunca se hablan nuestros corazones, nunca se topan nuestros ojos sin presentar á entrambos un objeto de

honor y gloria que al par nos realza, y siempre la perfección del uno importará al otro. Pero si son comunes las deliberaciones no lo es la decisión que á V. solo compete. V. que siempre hizo mi suerte, no cese de ser arbitra de ella; pose mis reflexiones y falle, cualquiera cosa que de mí disponga, me someto á ella; seré digno á lo menos de que no cese de guiarme. Aunque no haya de volver á ver á V. siempre la tendré presente; siempre presidirá á mis acciones; aunque me prive del honor de educar á sus hijos, no me privará de las virtudes que de V. he aprendido que son las hijas de su alma, la mía las adopta, y nada puede robárselas.

Hábleme V. sin rodeos, Julia. Ahora que le he explicado con claridad mi sentir y mi modo de pensar, dígame lo que debo hacer. V. sabe hasta que punto está unida mi suerte con la de mi ilustrado amigo. No le he consultado en este lance, y no le he enseñado esta carta ni la de V. Si sabe que desaprobaba V. su proyecto, ó mas bien el de su esposo, é mismo le desaprobaba; yo estoy muy lejos de sacar de esto un reparo contra los escrúpulos de V., solo si conviene que los ignore hasta que esté resuelta. Entretanto hallaré pretextos para dilatar nuestro viaje, que podrá estrañar, pero que ciertamente le harán detenerse. Yo por mí mas quiero no verla á V. mas, que verla para volver á dejarla. Aprender á vivir como forastero en casa de V. es un desaire que no he merecido.

CARTA VIII.

DE LA SEÑORA DE WOLMAR A SAN PREUX.

BIEN está; ya tenemos su imaginación de V. echada á volar, y porque? por las mas seguras pruebas de estimación y cariño que en toda mi vida le tenía dadas; por las reflexiones pacíficas

que me inspira el deseo de su verdadera felicidad; por la mas obsequiosa, mas útil y mas digna propuesta que le haya sido hecha; por el anhelo, imprudente acaso, de unir á V. con mi familia en indisolubles vinculos; por el deseo de hacer mi aliado y mi pariente á un ingrato que cree ó finge creer que no le quiero por amigo. Para salir de la inquietud en que al parecer esta V., no tenia que hacer mas que entender lo que le escribo en su natural sentido. Pero mucho tiempo ha que se complace en atormentarse con sus propias injusticias. Su carta de V. es como su vida, sublime y rastrera, llena de fuerza y puerilidades. Querido filósofo, ¿no ha de dejar V. nunca de ser niño?

¿De donde ha sacado V. que quisiese yo romper con él, imponerle leyes, y, sirviendome de sus terminos, enviarle al cabo del mundo? Ingenuamente, habla V. que sea ese el espíritu de mi carta? Muy al contrario; disfrutando de antemano de la satisfacción de vivir con V., he temido los inconvenientes que la podían turbar, me he ocupado en los medios de obviar estos inconvenientes por un medio grato y suave, proporcionando á V. una suerte digna de su merito y de la amistad que le profeso. Esta es toda mi culpa, y me parece que no habia para que alterarse tanto.

Es una sinrazon en V., amigo mio, porque no ignora cuanto le amo, pero gusta que se lo repitan; y como no me complazco yo menos en repetirlo, es facil alcanzar lo que quiere, sin necesidad de quejas y enfados.

Esté V. cierto de que si le es grata su mansion aqui, no menos lo es para mí, y de que de todo cuanto el señor de Wolmar por mí ha hecho, ninguna cosa tanto le he agradecido como el afan que en llamar á V. á su casa y ponerle en estado de que en ella viviera se ha tomado. Con gusto confieso que somos útiles uno á otro. Mas capaces de seguir buenos consejos que de tomarlos por nosotros mismos, ambos necesitamos guía. ¿Y quien mejor sabrá lo que para el uno conviene que el otro que tan bien le conoce? Quien mejor conocerá el pe-

ligro de estraviarse por todo lo que cuesta una penosa conversion? Que objeto puede acordarnos mas bien este peligro? En presencia de quien nos avergonzaríamos tanto de envilecer tamaño sacrificio? Despues de haber roto tan caros lazos, no debemos á su memoria no hacer nada que sea indigno del motivo que nos forzó á romperlos? Si; quiero conservar á V. la fidelidad de llamarle siempre por testigo de todas las acciones de mi vida, y de decirle á cada afecto que me anime: esto ha sido lo que le he preferido. Ah, amigo mio, yo sé honrar lo que tan bien ha sentido mi corazón. En presencia de toda la tierra puedo ser fragil, pero respondo de mí en la suya.

En esta delicadeza que siempre el verdadero amor sobrevive, mas antes que en las sutiles observaciones del señor de Wolmar, se ha de buscar la razon de aquella elevacion de animo y aquella fuerza interior que experimentamos uno cerca de otro, y que creo yo que igualmente que V. siento. Esta es á lo menos mas natural, mas honrosa para nuestros corazones que la suya, y vale mas para alentarse á obrar bien; con lo cual basta para preferirla. Así, crea V. que lejos de estar en la estravagante disposicion en que me supone, me hallo en otra diametralmente opuesta; que si fuera menester renunciar al proyecto de reunirnos tendria esta mudanza á mucha desdicha para V., para mí, para mis hijos, y para mi propio marido, á quien, como V. sabe, cabe mucha parte de las razones que tengo para desear que esté V. aqui. Pero hablando solo de mi particular inclinacion, acuerdese V. del instante de su llegada: ¿denoté yo menos júbilo de verle que V. de reunirse conmigo? le ha parecido que fuese su mansion en Clarendon enfadosa ó desagradable para mí? Ha pensado que veía marchar á V. con gusto? He de ir mas adelante y hablar con mi acostumbrado candor? Confieso á V. sin rodeos que el tiempo mas delicioso de mi vida ha sido los últimos seis meses que juntos hemos pasado, y que en este corto intervalo he disfrutado todos los bienes de que mi sensibilidad me habia dado la idea.

(1) *Especie de locos, que habian dado en la manía de ser cristianos, y seguir á la letra el Evangelio; como con poca diferencia lo son hoy los Metodistas en Inglaterra, los Moravos en Alemania, los Jansenistas en Francia; notando sin embargo que á estos últimos no les falta mas que ser los amos para ser inhumanos y mas intolerantes que sus enemigos.*